

los libros de
AYESHA

EL VUELO DE LA NOVIA
Y OTRAS HISTORIAS QUIETAS



1

ROSITA VARÍN. *El vuelo de la novia y otras historias quietas*.

Colección Los libros de Ayesha / 01

Ayeshaliteratura ediciones, C.A.Buenos Aires, 2017

Imagen de cubierta: *Ramona de las medias caladas* (1975),

ANTONIO BERNI, xilografía. Colección privada.

Diseño de la colección y cubierta: BERTINI+CHAPUIS

© del texto: Rosita Varín

© de esta edición: Ayesha Literatura

Queda rigurosamente prohibida sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, viola los derechos reservados del editor Ayesha Literatura Ediciones.

1ª ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ayesha Literatura Ediciones, 2017. 100 p. ; 15 x 10 cm. ISBN 978-987-45964-5-1

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Título. CDD A863

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

Impreso en Argentina

El vuelo de la novia y otras historias quietas

ROSITA VARÍN

Ayeshaliteratura ediciones

INDICE DE CONTENIDO

- La cruz >> 9
- Las gemelas >> 15
- Tres humillaciones >> 25
- Bajita de estatura >> 33
- Conjuro >> 43
- El cielo nocturno* >> 49
- José David >> 55
- Empezar de nuevo >> 63
- El vuelo de la novia >> 73

LA CRUZ

Sobre la mesa del living había una caja grande que para mí era como un misterio. Jamás se me ocurrió abrirla, aunque ganas no me faltaban. Qué tendría la caja que siempre estaba frente al sillón. Cuando el gato se subía para acomodarse Doña Flora lo sacaba pegando un fuerte alarido: “Aquí, no”.

Una tarde me pidió que me sentara a su lado. Frente a nosotras estaba la caja. Yo estaba emocionada. Ella se enderezó, abrió la tapa, me miró a los ojos y me habló.

—Pronto voy a dejar este mundo. No quiero que la tiren en una bolsa de basura. ¡Prométeme que la guardarás! —yo asentí con la cabeza. No era cuestión de hablar. Entre nosotras no había diálogo. Ella hablaba y yo escuchaba.

La primera foto que sacó mostraba la imagen de

una mujer con un vestido negro.

—¿Sabe quién es?

—No —dije sabiendo la respuesta.

—Soy yo cuando tenía veintiún años.

—Esta es del día de mi boda.

Una foto antigua sacada en una casa de fotógrafo de las de antes. La novia y el novio. Ella vestida de blanco, el ramo de novia en su mano derecha, la cola abierta en forma de pavo real, la corona, el tul y el novio con un traje negro y una flor en el ojal.

—Mira la cinturita que tenía. No vi a nadie con esta cintura. El vestido era muy hermoso y el novio, como verás, muy guapo.

—¿Tiene fotos de sus hijos?

Dejó que el gato se trepara a su falda y cerró violentamente la caja.

Crucé a mi casa, me paré frente a la ventana y me quedé mirándola. Esto de espiarla se había convertido en una costumbre. Siempre el mismo paisaje. El portón herrumbrado, un parque descuidado, la fuente sin agua y Doña Flora sentada en el sillón con el gato en su falda. Todo era silencio: su casa y mi casa. Cuando ella se levantaba yo salía de mi lugar y aprovechaba para comer e ir al baño.

Cuando por las noches después de su ritual se iba a la cama yo también dormía.

Una tarde, cuando el verdulero le llevaba el pedido yo tomé una taza y crucé la calle sin mirar, total por allí nunca pasaban los autos. Estaba en un “coul de sac”. Cuando Doña Flora abrió la puerta yo me adelanté al mandadero y le pregunté si me podía facilitar una taza de azúcar. Era un pedido ridículo, pero no podía volver a visitarla sin una razón. Recibió la mercadería y me hizo pasar a la sala. Miré todo detenidamente mientras ella llenaba la taza en la cocina.

Me llamó la atención la mesa del comedor puesta como si esperara gente a tomar el té.

—Perdone que la moleste, veo que está esperando a sus invitados

—Siempre espero —me dijo y me alcanzó la taza.

—¿Quiere que le haga compañía?

—Otro día —respondió y me abrió la puerta.

Atravesé el camino que conducía a la salida o a la entrada (nunca se sabe). Pasé por la fuente sin agua, llegué al portón herrumbrado y crucé a mi

casa. Transité el camino hacia mi puerta. Las rosas y los no me olvides estaban en flor. Me detuve y observé la diferencia entre el principio y el fin de la vida.

Otra tarde corté unas flores del jardín y crucé a verla. Me abrió la puerta y me hizo pasar.

—Gracias por las flores. Puede ir a la cocina y buscar el florero que está adentro de la alacena, la primera puerta a la izquierda.

Hacia allí me dirigí y entre a una cocina ordenada y limpia de polvo. Volví con las flores y me dijo que las ponga en la mesa donde estaba el servicio de té, justo en el medio.

—¿Quiere que le prepare un té? —le dije.

—Si gracias. Prepárese uno para usted también y siéntese a mi lado.

Me temblaban las manos de la emoción. Tomé una bandeja de plata que hablaba de las bondades de otros tiempos. Coloqué las tazas y la azucarera que contenía azúcar en terrones y la llevé al living. Ella apartó la caja y yo puse la bandeja. Comenzamos a disfrutar del té en silencio. Yo no sabía que decir. Entonces ella me preguntó qué hacía y yo le contesté que no tenía ninguna ocupación definida.

Que arreglaba mi casa y nada más. Le conté que mis padres habían muerto y que ahora vivía sola.

—Entonces no hace más que mirar por la ventana. Yo la veo desde el sillón.

Le conté que había cuidado a mis padres toda la vida y que ahora la cuidaba a ella.

—Vuelva a visitarme, me hace bien su compañía.

—A mí también. ¿Necesita algo más?

—Por favor cámbieme las sábanas si no es molestia. Ya estoy demasiado vieja para hacerlo.

El último día descubrí un viejo wincofón y unos discos viejos de pasta.

—¿Escucha música? —le pregunté curiosa.

—Ahora no. Me tiembla el pulso y la púa ya estará gastada.

—¿Quiere que probemos?

—Sabe, son discos que yo grabé en mi época de cantante lírica. Canté en los grandes teatros. Si quiere puede probar.

Elegí uno, era *La traviata*. Apareció la voz de Doña Flora. Era Violeta, maravillosa en el brindis, llena de esperanza por la vida y la alegría y maravillosa también en la muerte dolorosa y triste. Mis

ojos y los ojos de ella se llenaron de lágrimas. Fue para mí un descubrimiento inesperado.

—Es como mi vida. Fui muy feliz con mi marido y mis hijos y luego me extravié en ese intento por parecer viva. Nadie vendrá a mi tumba cuando muera. La vida es así, a veces bella y al final triste, de una tristeza infinita.

—Yo iré a ponerle flores y no le faltará la cruz. Lo juro.

—Ya me puedo morir tranquila. Usted es lo mejor que me pasó en este tiempo. Gracias.

Me besó.

Ya era de noche. Crucé a mi casa y me acosté. Al día siguiente cuando fui a verla estaba muerta.

La enterré en el cementerio de actores. Tuvo su cruz como le había prometido. De su casa me llevé la caja, el gato, el wincofón, los discos y la réplica de un cuadro de Van Gogh. Cuando llegué a la mía cerré las cortinas. Ya no tenía a quien mirar. Yo también estaba sola y no sabía si tendría a alguien que me pusiera la cruz.

LAS GEMELAS

Cuando chicas éramos el orgullo de nuestros padres. Todos los vecinos hablaban de nosotras. Mi mamá por las tardes recorría las calles del barrio empujando el cochecito doble de bebés. Siempre andaba sin apuro como si no tuviera otra cosa que hacer más que pasearnos. Todos los días tomaba distintos recorridos para que mucha más gente nos conociera. Cada vez que pasaba un transeúnte a su lado nos mostraba como diciendo mira lo que tengo. Y los que tenían ganas y los que estaban apurados, todos se paraban para vernos. Ella se imponía.

A mamá no le gustaba ir en auto. Decía que el auto era un cubículo en dónde se podía ver para afuera y la vida pasaba rápido. En cambio, caminando uno podía mirar vidrieras, contar las calles, mostrar las hijas. ¡Mostrar las hijas! Mi padre era más parco pero claro, él tenía que trabajar el doble para mantenernos a todos. Yo era la menor porque

salí segunda. Jugábamos a la mancha, a la escondida, íbamos a la misma escuela primaria, pero en distintas aulas. A mi mamá eso no le gustó mucho, pero era una ley y no tuvo más remedio que cumplirla.

Siempre nos vestía iguales. Los vestidos de plumetí, las faldas bordadas con mariposas, los mismos tapaditos. Mi hermana tenía rulos y yo el cabello lacio entonces mi mamá, desde que yo tenía un año y medio, me llevaba a la peluquería para hacerme la permanente. Una verdadera tortura, pero salía igual a Shirley Temple.

En la escuela secundaria hacíamos los que los gemelos hacen, pasaba a dar el oral la que más sabía y como nos vestían iguales el profesor no se daba cuenta y solamente teníamos que cambiar de banco. No nos iban a tomar las huellas digitales. Terminamos con un buen promedio.

Fue un problema cuando yo quise seguir medicina y mi hermana leyes. Pero mi mamá no tuvo más remedio que aceptarlo.

Nos pusimos de novia y nos casamos el mismo día y después de la fiesta nos fuimos en el mismo auto a Mar del Plata.

Mamá se estaba sacando el vestido y el maquillaje, papá ya estaba en la cama. Sonó el teléfono. Habíamos tenido un accidente en el cruce de Quilmes. No salvamos tres, mi hermana había muerto.

El velatorio fue terrible. Era como verme en el cajón. Me quedaba al lado del féretro sin poder moverme. A cada rato me preguntaba si era yo o mi gemela la que estaba ahí adentro. Para colmo la gente tenía la misma duda. Era mi muerte la que estaba viendo. Mi mamá no me miraba y no se acercaba al recinto en donde estaba mi hermana muerta.

Mi hermana muerta. ¿Ser la mitad de algo es no ser algo entero? Yo sin ella ¿era algo o la mitad? No podía llorar. Iba al baño, era el único lugar en donde no habían tapado el espejo y ¿la veía a ella? o ¿me veía a mí? ¿Le hablaba y me contestaba o yo me explicaba a mí lo que había pasado? Algunos le preguntaban a mi mamá cuál era y a veces me nombraba a mí y otras a mi hermana. En el desgarrro los maridos lloraban por separado. Por suerte o por desgracia necesitaron un médico y yo pude demostrar quién era. No pude hacer nada. Mamá estaba muerta. Me fui a vivir mi vida de casada a

una casa grande con jardín. Con el tiempo volví al hospital y retomé mi rutina. Me gustaba estar en el jardín. Me sentaba sobre la tierra debajo del limonero.

Eran los momentos en los cuales realmente me sentía viva. Yo era la que estaba sobre la tierra oliendo el perfume de las flores de azahar. No era consciente de lo que sentía, pero me imagino que eso de estar sobre la tierra me hacía sentir diferente. Tenía poca relación con mi marido. Nos resultaba difícil hablar, daba la sensación de que él también tuviese dudas de quién era la que había quedado viva o capaz que le daba impresión. Muchas veces pensé en ponerme una máscara o hacerme una cirugía en la cara. Yo necesitaba algo que no me la hiciera recordar. Me pintaba lunares sobre el labio para poder mirarme en el espejo. Quería dejar de hacerme la permanente, pero eso me parecía una traición.

De vez en cuando iba a visitar a mi padre. Él también había quedado solo. Ya les había quitado las telas a los espejos. Los dejamos tapados mucho tiempo. Hubiera preferido que sigan así porque cuando me reflejaban la veía a ella. A veces me ha-

cía bien porque recuperaba esa mitad perdida para siempre.

—Hola —le decía y yo sentía que me sonreía.

Muchas veces la veía vestida de novia. Cuando entraba a la casa se me aparecía en el momento menos pensado. En el reflejo de las ventanas. Entraba junto con el sol. Se quedaba quietecita con las manos juntas delante del vestido. Ella no me miraba. Mi papá no solo no me miraba tampoco me hablaba. Como si yo tuviese la culpa de haber quedado viva. ¿Hubiera preferido que nos muriésemos las dos? Un día se lo pregunté y no me respondió. Después del accidente ningún familiar volvió a verme. Nadie me daba el pésame. Era como que de dos nos hubiéramos convertido en una que nos contenía a ambas. Para que me iban a dar el pésame si yo la tenía siempre conmigo. Me pasaba horas sentada frente al espejo de la cómoda del cuarto de mi infancia recordando la vida. Nuestra vida juntas en el parque, en las hamacas, en la playa. Un día me llevé la caja de fotos y los videos de las vacaciones, los de la fiesta de quince y las del casamiento a mi casa. Mi padre había puesto la foto del accidente que habían tomado los

del seguro. Me pasaba noches en vela recordando la vida. Un día mi marido me dejó y yo me quedé sola. Fue un alivio.

Yo estaba sola, mi cuñado estaba solo y mi papá estaba solo. Demasiadas soledades para que alguien pudiese disfrutar de algo. Era como si se hubiera hecho justicia.

VERSIÓN DE LA VECINA

Hola vecina, usted es nueva en el barrio. Este es un barrio con historias que usted debería saber. Para poder pertenecer, vio. Le cuento: por ejemplo: ve en la otra cuadra, allí justo adonde esta la tintorería. Esa es una casa de pasillo largo con tres departamentos en fondo. En el último vivía Osvaldo Piro. Si, el bandoneonista. Y acá a media cuadra Jorge Caldara. Pobre murió joven, pero igual hizo una carrera importante cuando empezó la televisión él ya tenía su orquesta y estaba en grandes valores del tango. Y la más importante de la que se acuerda todo el mundo es la historia de las gemelas. Las vi salir de su casa vestidas de novia. Se casaron las dos la misma noche. Yo fui a la iglesia. Estaban preciosas. Una era la fiel copia de la otra. Imagínese lo que fue para los vecinos enterarnos a la mañana siguiente que habían tenido un

accidente. Mire mi casa queda a media cuadra ¿qué le parece si tomamos un té? No por favor no es ninguna molestia y el cuento es un poco largo. Pase, pase, sentémonos en la cocina. Usted me cae bien, es como si la conociera de toda la vida. La casa en la que vivían las gemelas queda a dos cuadras, cerca del colegio, vio. Nosotros pensábamos que había sido una suerte que quedara un matrimonio entero, pero eso duró poco porque el marido vaya a saber por qué, se fue. Una no puede saberlo todo. Ella siempre venía sola a ver al padre y cuando él murió ella se vino a vivir acá. Hasta que un día los vecinos hicieron una denuncia por lo del olor. Se sentía hasta la calle. Cuando vino la municipalidad a la gemela se la llevaron a algo así como un asilo. Creo que estaba trastornada. Pobrecita. La casa se la quedó el gobierno. No, no va a ir a remate. El barrio juntó firmas para que se haga un centro cultural y ya están arreglando todo para que funcione. ¡Ah! Deje que le cuente lo del velatorio. Yo fui a saludar. Fue terrible. En el accidente murió una de las gemelas. ¡Qué impresión! Una en el cajón y la otra paradita al lado. Todos nos preguntábamos cuál era la que murió. Yo que las conocía desde chiquitas sentía un dolor en el pecho que me partía al medio.

A partir de esto a nadie se le ocurrió casarse el mismo

día, dicen que trae mala suerte. Por lo del accidente, vio. ¡Ah! Fue terrible. Recién casados, imagínese. Qué dolor tan grande, con toda una vida por delante. Y después, en la mitad del velatorio también se murió la madre de un paro cardíaco. No lo pudo soportar porque la que se fue, “Dios la tenga en la gloria”, era la preferida. Siempre nos decía: “esta es la mayor, la que hizo el esfuerzo”. Al principio las reconocíamos porque una tenía el pelo lacio y la otra, rizos. Entonces la madre le hizo la permanente a la menor cuando cumplió dos años. Pobrecita con lo que pesaban esas pinzas de metal caliente. Otra tacita de té o prefiere un mate. Usted vio en un velatorio uno se entera de cosas porque la gente habla. Parece que la fiesta fue magnífica. Contaban que a la madrugada salieron las dos parejas en el mismo auto hacia Mar del Plata y el accidente fue en la rotonda de Quilmes. El hombre ya estaba en la cama y la señora sacándose el vestido cuando sonó el teléfono y les avisaron.

Cuando pasó lo de la madre, el padre se descompensó y no lo dejaron ir al entierro. Claro, fiesta y velatorio... velatorio y fiesta es como que nunca pueden ir juntas. Perdón me voy a buscar un pañuelo. Siempre lloro cuando cuento la historia. Si quiere le traigo uno a usted. Son de mi marido, pero están lavados y planchados. No,

¿cómo se va a ir? Su marido no está y el mío tampoco. Espere que termino de contarle. Caliento el agua del mate y sigo. Usted se preguntará que pasó con los muchachos. Al viudo de la gemela se lo veía rondando la casa y después se sentaba en el cordón de la vereda y se quedaba largas horas llorando.

La otra se había mudado después de toda esta situación a una casa creo que Hurlingham y de a poco volvió a su trabajo en el hospital porque es médica. Cuando venía a ver al padre siempre lo hacía sola. Seguía siendo linda, pero parecía un poco descuidada. Desprolija. Un día el marido la vino a buscar en el auto, tocó bocina y cuando ella salió apareció el viudo y la enfrentó, empezó a insultarla, parece que estaba medio trastornado. El marido bajó del auto y lo agarró de los brazos para que se calmara. Pero esto lo puso furioso y empezó a gritarle “qué tenés que hacer con mi mujer, cómo sabés que es la tuya”. Los vecinos salimos a la calle y el almacenero fue y los separó. Con los años nos enteramos que al pobre lo habían internado en un psiquiátrico y del otro no supimos más nada. Bueno, si me acuerdo algo más, otro día le cuento. Sabe, le aviso que en el centro cultural ya están anotando. Fijese si hay algún curso que le guste y lo hacemos juntas.

TRES HUMILLACIONES

Estoy segura de que mi vieja no me dejaba ir porque era gorila. Por eso cuando le mostré el formulario de la fundación Eva Perón que nos dieron en la escuela para que fuera a la colonia de vacaciones que quedaba en Despeñaderos, Córdoba, ella me dio un rotundo “NO” y me dijo que, además, eso no entraba en discusión. Mi mejor arma para conseguir lo quería era llorar mucho.

Como yo era la única nena de la familia, mis padres no tomaban decisiones sobre mí sin el consenso de los hermanos de mi papá. Por suerte mi tío José, que era el “rey de las decisiones”, esta vez no vio nada en contra de que me fuera por una semana para las vacaciones de invierno.

—No le va a pasar nada y la van a cuidar bien y déjense de joder, que por una semana no se va a contagiar. Es muy chica para volverse peronista.

Yo estaba feliz y mis tíos se empezaron a pelear,

entre mates y facturas, para ver quién me daba más plata para el viaje.

A la semana siguiente mis papás me acompañaron a la estación de Retiro a despedirme. El tren, con un contingente de chicos de todas las edades, salió a las 9 de la mañana y llegamos a Despeñaderos a las once de la noche. Nos vinieron a buscar en camiones y nos llevaron hasta el hermoso predio en donde estaba la colonia. Nos instalaron en pabellones blancos llenos de camas. Lo primero que hicimos fue dejar nuestros bolsos, luego nos fuimos a los baños a lavarnos los dientes y a tomar una ducha colectiva. Me tuve que bañar desnuda delante de diecinueve chicas.

Esa fue mi primera humillación.

Al rato nos fuimos a acostar. Como desde otro mundo escuché la voz de la celadora que después de presentarse, nos dijo que íbamos a rezar. Yo, nena judía, no sabía más que el padre nuestro y, eso, porque les tomaba el catecismo, en los recreos, a mis compañeras en época de la primera comunión. Pero parece que a la noche es otro el rezo. Había que hacerse la señal de la cruz en varios lugares de la cara empezando por la frente. Creo que

era algo así como: “por la señal de la santa cruz...” Yo de este no tenía idea. Las señas más o menos las copiaba de las nenas que tenía enfrente, pero había que decirlo en voz alta. Entonces vi que, cuando una nena dijo que era judía, todos se dieron vuelta para mirarla. Yo pensé, con mis nueve añitos: a mí esto no me va a pasar y cuando la celadora se acercó para ver por qué no se escuchaba mi voz, le contesté que yo... rezaba en voz baja. Parece que eso la convenció porque nunca más me lo preguntó, menos mal, porque no me lo podía memorizar. Era muy largo y yo, que tenía problemas auditivos, no podía escuchar cómo era.

A la mañana siguiente, antes de ir a tomar el desayuno, nos hicieron sentar en unos bancos frente a los dormitorios y nos revisaron la cabeza a una por una para ver si teníamos piojos. Ahí me preocupe porque, si había alguno volando, siempre se instalaba en mi cabeza. Y no me equivoqué. Nos dividieron en dos grupos. A las que teníamos piojos nos mandaron a la derecha y las otras podían irse directamente al comedor.

Esa fue mi segunda humillación.

Me envolvieron la cabeza con un turbante blan-

co. Me habían puesto un polvo para matarlos y yo sentía que el olor me estaba matando a mí también. Después fuimos al comedor y tuvimos que ingresar al salón con el título de piojosas en la cabeza. Nos ubicamos en las sillas que estaban vacías junto a las otras nenas. A la vista de todo el mundo estábamos las de turbantes blancos (léase piojosas) mezcladas con las de pelo suelto. Creo que hubiera preferido que me tragara la tierra. Pero no fue así y tuve que afrontar la situación. Era muy tímida y eso fue terrible. Mientras todos jugaban yo, y otra nena con turbante, nos sentábamos todas las tardes a llorar en un lugar escondido porque extrañábamos mucho. Yo pensaba: ¿para qué habré pedido venir? Pero a los tres días nos quitaron el adminículo de la cabeza y empecé a pasarla bien. Bueno, por lo menos mejor.

El problema fue cuando me preguntaron si tenía hermanos y, como todas hablaban de sus hermanos, dije que sí. Como hija única, soñaba con tener un hermano y lo empecé a inventar. Empecé a contar cosas de mi tío Pablo que vivía con nosotros. Era en realidad el hermano más chico de mi mamá. Vino a Buenos Aires cuando tuvo que

hacer el servicio militar. Pero en mis inventos, a cada rato le cambiaba la edad. Podía tener veinte o diecisiete, según el cuento que se me ocurría. A veces lo hacía quedar como un valiente y otras como un verdadero tonto.

—Seguro que estás mintiendo y no tenés hermanos —me dijo una brujita. Yo me defendí como pude, pero de mi hermano no hablé más.

Con tantas mentiras y rezos nocturnos preocupantes, empecé a pisharme en cama todas las noches. Por suerte nos tapábamos con frazadas y yo me despertaba a la media noche mojada y colocaba sobre la vergüenza la frazada que eficazmente la secaba.

Esa fue mi tercera y silenciosa humillación.

No pueden imaginarse el olor que emanaba de mi colchón. Pero como no me dijeron nada, estaba segura que nadie se había dado cuenta.

El problema con tantas mentiras fue el domingo en la misa. No era lo mismo mentirle a la señorita celadora con el asunto del rezo, ocultar que era judía o mentirles a las chicas con el asunto del hermano que no tenía. El problema, para mí, era mentirle al cura que era el que representaba a Dios

sobre la tierra. Lloré toda la misa y les pedí desesperadamente perdón a Dios y al cura.

Recordemos que todo esto me pasó en una semana y que tenía nueve años. Me tuvieron que sacar de la fila. Cuando me preguntaron qué estaba pasando, dije que extrañaba a mi mamá y a mi papá. La señorita me abrazó y me besó y me dio un caramelo que sacó de su bolsillo.

Por fin llegó la última noche que pasaríamos en la colonia. Cuando todos estábamos en la cama, antes de rezar, le entregaron un regalo a cada una. Un camioncito, una marioneta chiquita de madera y cosas mínimas que no servían para nada. La celadora se acercó a mi cama en medio de la oscuridad y poniendo un dedo vertical sobre sus labios me pidió silencio.

—Es la única que hay y yo quiero que te la lles vos. Guardala bien para que nadie te la quite.

En realidad, no sabía bien que era lo que me había dado. Supuse que una muñeca por la forma. Me quedé abrazadita a eso y ni siquiera me hice pis. La vi recién a la mañana siguiente antes de meterla en el bolso y partimos para la estación

del ferrocarril. Durante el viaje las otras celadoras iban asiento por asiento preguntando quién tenía la muñeca. Yo ponía cara de nada y cuidaba el bolso como si fuera mi propia vida. En la mitad del viaje pasó un señor vendiendo alfajores y compré una caja de doce para llevar a mi casa con la plata que me habían dado mis tíos. Con la ansiedad que tenía me los fui comiendo y a mi mamá le llegaron solo dos. Cuando el tren arribó a Retiro y nos permitieron bajar, me abalancé sobre mis padres y les pedí que por favor saliésemos pronto de la estación. No me despedí de nadie. Ni me di vuelta. Atrás mío escuchaba a mis compañeras que me gritaban: “¡chau veinte! ¡chau veinte!”. Ese era el nombre que me habían asignado en la colonia.

Cuando llegué a mi casa y volví a ser Rosita, les mostré a mis papás la muñeca que me había regalado la señorita por ser la nena más buena y la que mejor se portó en la colonia.

BAJITA DE ESTATURA

Fui la más bajita en todas las escuelas a las que asistí. Me senté en todos los primeros bancos y las maestras siempre me trataron como a una nena chiquita, como si el hecho de medir menos de lo corriente alterara mi entendimiento. Mis compañeros naturalmente sentían la necesidad de protegerme y yo los dejaba porque eso me hacía sentir bien. En los recreos todos estaban a mi alrededor y yo trataba de ser graciosa para conquistármelos. Tenía la habilidad de minimizar las cosas malas que me pasaban. Cuando me sacaba un uno, en alguna prueba, decía que era mucho peor sacarse un cero.

Recuerdo que, en una fiesta de fin de curso de la escuela primaria, salí abanderada y la maestra tuvo que llevar la bandera por mí. Todos me aplaudieron. A mi paso escuchaba que la gente decía:

—¡Pobrecita tan chiquita!

Pero no me importó. Ese día las estrofas del himno salieron de mí como una conquista.

Todo fue bien hasta que llegué a la secundaria. Tuve que salir a conquistar nuevamente el mundo. Ese, que me había cobijado en mi primera infancia. Había desaparecido. De esa época me habían quedado tres amigas que me contaban las cosas que les pasaban a ellas y a mí no. Un primer amor, un beso, los bailes a los que yo no asistía porque nadie me sacaría a bailar, las declaraciones de los muchachos. No es que no supiese lo que es el amor. Yo me enamoré de Luis en segundo año. Pero él se enamoró de una chica alta y no tuve más remedio que ser solamente su amiga.



Cuando cumplí los quince invité a todo el curso a mi fiesta, pero no vinieron. Solamente estuvieron mis familiares, las tres amigas de siempre y una compañera gordita que tampoco tenía novio. A mi mamá no se le ocurrió mejor idea que sacarme una foto, vestida de quinceañera, sentada en el césped junto al enano del jardín que alguien me había regalado a los diez. A todos les pareció divertido.

—Una foto para el recuerdo —dijo mi vieja.

No sé por qué no me negué. Eso me hizo llorar toda la noche después de la fiesta. Vivir es muy difícil con un metro de estatura. Los edificios y los timbres de los pisos altos están tan lejos del alcance, también los libros de la biblioteca y los rostros de la gente. En cuanto al amor, para mí, parecía no haber muchas esperanzas. Mi mamá me hacía masajes todas las noches en el cuello por el dolor que sentía de tanto mirar para arriba. En una ciudad como Buenos Aires todo pasaba por encima de mi cabeza, hasta los ruidos.

Era bastante popular en los negocios del barrio y mi mamá tuvo que resignarse a ser conocida como “la madre de Teresita”. A pesar de todo yo sentía que trataban con una mezcla de cariño y lástima.

En mi casa el trato no difería demasiado del de afuera, y, prácticamente no consideraban que pudiese tener las responsabilidades de un adulto. Mi mamá me miraba con cierta tristeza. Evidentemente ella tampoco estaba conforme con esta hija que le había salido. Mis logros se dimensionaban y eran contados a todo el mundo como si fueran proezas: si me salía bien la pizza o si le había tejido

unos escarpines a las mellizas de mi hermana. Lo contaban como para, de alguna manera, demostrar que tenía virtudes a pesar de ser “diferente”. Y eso era cierto ya que yo aprendí a hacer mi propia ropa, leía mucho, tenía una buena voz para el canto y mucha destreza física.

Lo que no sabía era qué hacer por el amor con Luis, mi compañero del secundario que seguía en mi cabeza como una obsesión. Solamente lo besaba en mis sueños donde él me aseguraba que me amaba profundamente. Eso empezó a traerme problemas. Estaba tan distraída en la escuela que bajaron mis calificaciones y entonces mi mamá decidió llevarme al médico.

—¿Qué es lo que te anda pasando? —me dijo él mientras me revisaba los pulmones. Solo faltaba que me hiciera decir treinta y tres.

—Que no alcanzo la vida —dije sin pensarlo.

Dejó de revisarme y me hizo salir del consultorio para hablar a solas con mi mamá. Esa noche, ella y yo tuvimos una larga conversación. Me pidió llorando que tratara de aceptar lo que me había deparado la vida y me aseguró que yo alguna vez iba

a encontrar al amor de mi vida.

—Sí, el enano del jardín —dije y apagué la luz.

*

—¡Eso es lo más descabellado que te oí decir!
—dijo mi mamá cuando le comenté que quería ir a un taller de circo. Yo soñaba con subirme a un trapecio y hacer volteretas por el aire agarrada de telas que colgaban y las alturas se habían convertido en una obsesión. Desde chica mi papá me había llevado al circo cada vez que venían a Buenos Aires. Vimos juntos a los mejores trapecistas del mundo. El circo de China y de Moscú eran mis favoritos.

La información del taller me la había proporcionado uno de esos chicos que hacen malabares en las esquinas de las avenidas. Me gustaba ver las pelotas de colores bailando en el aire. Yo también quería volar.

Entonces un día me atreví y le pregunté a uno en donde había estudiado lo que estaba haciendo. Me dijo que en una escuela de circo que quedaba en Avellaneda.

—¿Y enseñan a subir al trapecio?

—Claro, es un circo —me contestó mirándome como si yo hubiese dicho la tontería más grande del mundo.



—Acá no importa cuánto midas. Las consignas del taller es aprender pautas claras de técnicas que consisten en subir, envolverse en telas, deslizarse, lanzarse. Los objetivos se logran en adquirir confianza en uno mismo. El cuerpo cuando adquiere autonomía, agilidad y la precisión necesaria en la ejecución de diferentes movimientos se transforma en una forma de expresión artística. Y está basada en las propias habilidades de los participantes —me informó el profesor que, oh casualidad, también se llamaba Luis. Eso fue como una premonición. El curso resultó ser justo lo que necesitaba. Cuando tenía que ir al taller, yo mentía en mi casa y le decía a mi mamá que iba a lo de una amiga.

A medida que iba progresando, las cosas se me fueron haciendo más fáciles. Con gran sorpresa mi familia me vio trepar a todo lo que era posible. Ya no necesitaba que nadie me alcanzara el libro de la biblioteca ni el chocolate de la alacena. Empezaron

a llamarme “La niña gato” y más bien parecía “El hombre araña”.



—No tenemos con quien dejar a las mellizas — dijo mi hermana cuando todos tuvieron que ir al velatorio el día que murió la tía Ernestina.

—Se pueden quedar conmigo —contesté.

Me miraron con desconfianza.

—De ninguna manera —dijo mi cuñado—. Teresita no va a poder con las dos.

Y se quedó con nosotras una vecina con muy buena voluntad, pero con poca destreza. Las nenas se divirtieron con todas las volteretas y los pases mágicos que les hice. Le pedí a la vecina, que me miraba incrédula, que por favor no le contara a mis padres y le confesé lo del taller. Le prometí que en recompensa yo la iba a invitar a presenciar algunas clases. Nos reímos juntas cuando le conté el susto que le había dado a Don Jesús, el almacenero, el día que, dando unas volteretas desde la entrada del negocio aparecí parada arriba del mostrador y le pedí más respeto. Se tuvo que tragar ese saludo que me hacía siempre:

—¿Qué desea la niña más pequeñita del barrio?

*

El día que trajeron al taller un caballo, fue el más feliz de mi vida.

—¿Quién quiere probar? —preguntó el profesor.

Sin dudarlo me trepé ayudada por el arnés en-
ganchado a mi cintura y aprendí primero a mon-
tarlo en pelo y luego a danzar arriba del equino.

—¿Puedo agregar mi voz? —le pregunté a Luis
y me dio permiso con una fina y sutil reverencia.
Pedí un sombrero con plumas, que no faltaba el
taller, y comencé a cantar una canción circense en
ritmo de vals. Mis compañeros del taller me aplau-
dieron mucho y, desde ese día, fui la jinete del Cir-
co Porteño.

CIRCO PORTEÑO
clase abierta al público
Atracción Principal
TERESA ARDILES

Así decía en la invitación para la clase abierta de
fin de año. La de mi familia la mandé por correo

porque estaba tan contenta que no tenía ganas de bancarme la reacción negativa de mi vieja. Como yo era la atracción principal, mi nombre estaba escrito en letras doradas: Teresa Ardiles. Tuve que cerciorarme de que era yo. Por primera vez mi nombre no estaba escrito en diminutivo.

—¿Qué es esto? —preguntó mi mamá sin poder creer lo que estaba viendo.

—Vení a verme y luego hablamos —dije como no dándole importancia.

La verdad era que no los esperaba, pero parece que más pudo la curiosidad. La función fue un éxito. Aplausos cerrados y felicitaciones coronaron mi destreza. Al terminar, mi familia se dio media vuelta y se fue sin mediar palabra. Yo me quedé sola en la pista acariciando el caballo. Luis, el profesor, se acercó y me dio un beso en la frente sudorosa.

—Andá a descansar, hoy lo baño yo —me dijo con pena.

Cuando llegué a mi casa mi vieja me increpó diciendo que en nuestra familia nadie era artista de circo y los demás no me dirigieron la palabra. Me fui a mi cuarto sin más gloria que lo conseguido.

Sentí la incompreensión de los que me decían que me querían y fue entonces que decidí irme para siempre. Cuando lo hice, camino a la salida, miré desde lejos al enano del jardín y le hice pito catalán a modo de despedida.

Me fui con el payaso, la mujer barbuda, el enano de verdad el día que el Circo Porteño salió de gira. Iba sentada en el camión junto a este Luis que es el me acompañará el resto de mi vida.

CONJURO

Marina tenía el don de ver en los ojos de la gente aquello que no decían. Era una niña de ocho años con ojos celestes profundos, tan profundos que las personas no podían sostenerle la mirada. Ella sí los miraba y le bastaba solo un segundo para adueñarse de los secretos más guardados. Como aquella vez que vino una mujer a la casa y apenas Marina la vio se puso a llorar porque a la señora se le había muerto la hija. La mujer se sorprendió mucho porque no había tenido tiempo de mencionarlo.

Cuando Marina cerraba sus profundos ojos azules veía olas enormes, ríos, mares y océanos interminables. Sus ensueños eran húmedos y muchas veces se deshacía en lágrimas. Siempre lloraba. Su vida era un acuoso territorio aislado. Sus padres no podían soportar sus llantos y Marina pasaba mucho tiempo sola. La habían tenido que sacar de la escuela porque cuando miraba a los ojos de sus

compañeros les decía: “tus padres se pelearon esta mañana”, “tu papá engaña a tu mamá”. Los chicos le habían tomado miedo, decían que era una bruja.

La llevaron a todos los médicos que pudieron y después de tomar muchos medicamentos sin obtener resultado alguno, alguien les dijo que recurrieran a la sabiduría de los brujos y curanderas. Los consultados acordaban en que la culpa la tenía el nombre que le habían puesto. Era la consecuencia de los malos espíritus que habitaban en el fondo del mar. Vivían en un pueblo de pescadores y el mar se encontraba del otro lado del bosquecito. Los padres preguntaron si tenían que mudarse a otros lahares pero todos acordaron que eso no iba a ser una solución, que ellos iban a discutir el caso con los brujos y curanderas de los pueblos vecinos y que en poco tiempo les llevarían la respuesta.

La noche del aquelarre en la casa del brujo mayor comenzó exactamente a la caída del sol. Las velas se encendieron cuando apareció la luna. Se sentaron en el piso de tierra en rueda como era costumbre y rezaron para invocar a los espíritus del bien hasta el amanecer. Cuando el rojo sol apuntó sobre el mar. Se hizo silencio y el brujo mayor

habló: debe hacerse un conjuro en la playa con la niña presente.

A los pocos días un enviado les dio a los padres el mensaje. A pesar del temor que sentían aceptaron la decisión. Fijaron una fecha. Debía ser después de la caída del sol. La niña debía ir vestida con un traje blanco largo hasta los pies descalzos. Debían anotar en papeles algunos blancos y otros de color todos los deseos y datos desde su nacimiento y los dones que ella portaba. Deberían llevar una cesta con frutas y flores como ofrenda a los dioses de las profundidades porque como estaba escrito antes de pedir hay que dar. Les dijo también que los brujos y las curanderas vendrían a buscarlos y los escoltarían hasta la playa.

La noche de la luna creciente llegaron a la casa las veinte personas que habían estado en el aquelarre. Todos llevaban enormes velas y cestas con flores y frutas, vistieron a la niña con el traje blanco y la llevaron en andas. Iban caminando en fila con los padres y la niña al frente de la caravana. Atravesaron el bosquecito y al pasar el último árbol el que había oficiado de enviado los esperaba con una mecha de fuego e iba encendiendo las velas.

Los brujos bailaban en la playa dejando en la arena un círculo de pies cruzados y luego se sentaron mirando el mar. Los padres con la niña eran los únicos que estaban en la parte interna cerca del brujo mayor. El conjuro lo harían los brujos. El círculo tenía una abertura hacia las aguas. Las curanderas alisaron la salida y luego colocaron un mantel blanco frente a los presentes formando un camino de ofrendas. Luego se sentaron en silencio.

Hubo danzas y los bailarines portaron grandes ramas de palmeras en ambas manos. Rezaron a la luna, señora de las aguas. A media noche hicieron un hoyo en el centro y pusieron los papeles con los deseos de los padres y los dones de la niña. El portador del fuego después permiso del brujo mayor encendieron la fogata. Con el viento del mar y el agitar de las hojas de palma el fuego subió hasta el cielo.

Cuando dejó de arder, los bailarines terminaron de apagarlo colocando arena y hojas de palma. El brujo mayor se levantó se acercó hasta la pira de hojas y rezó alzando sus manos hacia el cielo, bajándolas hasta la playa y por último señaló hacia el mar para invocar a los buenos dioses del agua.

Pidió que la niña fuera acostada sobre las hojas.

La niña tenía los ojos vendados para no poder mirar. Pero dentro del trapo que los cubría lloraba. Sus ojos estaban llenos de agua. Su corazón acuoso no sabía que sentir y su cerebro deseaba que altas olas gigantescas arrasaran con todo eso que la rodeaba.

La niña había tomado la posición fetal y fue puesta boca abajo para recibir el conjuro. Los bailarines eran cuatro e iban golpeando su cuerpo con las ramas mientras invocando cánticos. Los padres quisieron parar la ceremonia, pero no los dejaron. Miraban aterrados a su hija y le pedían disculpas tardías.

Cambiémosle el nombre.

Golpes de palma.

Ceguemos sus ojos.

Golpes de palma.

Que no sean celestes.

Golpes de palma.

Que no sean profundos.

Golpes de palma.

Borremos las palabras de sus labios.

Golpes de palma.

Quitemos las aguas de sus sueños.

Golpes de palma.

A medida que hacían los pedidos a la niña le desaparecieron los brazos y en su lugar hubo dos charcos.

Cuando desaparecieron las piernas se hizo un charco más grande.

Cuando desapareció su cuerpo y quedó solamente la cabeza le quitaron las vendas de los ojos entonces un largo río atravesó la playa y desembocó en el mar.

—¿¡Que han hecho con mi hija!?! —gritó la madre

— Uno de ustedes —dijo el brujo mayor dirigiéndose a ambos padres— deseó alguna vez que la niña nunca hubiera existido y el deseo se cumplió.

Luego colocaron el mantel en el borde del agua y se retiraron por donde habían llegado.

Y cuando el mar lamió la playa no quedó rastros de lo que allí pasó.

EL CIELO NOCTURNO*

*“Por allá en la tardecita
Cerca del espacio azul
Están jugando a la mancha diez mil
Bichitos de luz”*

Y fue por estar dando vueltas por el aire, que las dos luciérnagas que estaban más cerca escucharon cuando el niño preguntó:

—Mamá, ¿cómo es el cielo?

—Cuál, ¿el cielo del día o el cielo de la noche?

—El cielo de la noche, porque al cielo del día lo puedo sentir. El sol me calienta me calienta la piel, la sombra me refresca y la lluvia me moja. Vos me dijiste que el cielo tiene nubes que tapan el sol. Pero no sé cómo es la noche.

—Es algo que tengo que pensar. Ahora vamos

* Premio Gaviota de Oro Literario 2011 — 3ra. Mención de Honor Narrativa.

a dormir —dijo la madre. Y las luciérnagas vieron por la ventana cómo ella acostaba al niño. No sabía qué decirle a su hijo ciego para que pudiese entender cómo es la noche, la oscuridad, la luna y cómo son las estrellas.

Al día siguiente, después de la cena, madre e hijo salieron al jardín para disfrutar el fresco y las luciérnagas escucharon cuando el niño volvió a preguntar:

—Mamá, ¿esta es la noche?

La madre respondió que sí y le cantó una canción.

La luna se llama Lola,

el sol se llama José.

La luna sale de noche,

el sol al amanecer.

Como sale muy temprano,

tiene ganas de dormir.

Y cuando el sol se ha dormido,

sale la luna a rondar.

—¿Cómo es la luna, mamá?

Y la madre le contó que a veces la luna era redonda cómo una pelota de fútbol y, otras, cómo las

medialunas que se compran en la panadería.

—¿Cómo es la oscuridad?

La madre le dijo que la oscuridad era cuando ella no veía nada. Entonces, el niño entendió que la oscuridad de su madre era igual a su propia oscuridad. Y también se enteró que, de noche, la luna iluminaba desde el cielo a toda la tierra. Se preguntó qué sería la iluminación y, entonces, recordó cuando en los días de invierno su mamá se acostaba un rato en su cama con el camisón de seda para leerle un cuento. La iluminación debía ser sedosa como la voz de su mamá contándole cosas.

—Hablame más sobre la luna —insistió el niño.

Se levantaron, entraron a la casa y juntos fueron hasta donde había una lámpara apagada. Tenía forma redonda como bola de cristal.

—Tocó la lámpara apagada. ¿Sentís? Está fría. El frío es de color blanco. La luna es blanca.

Después encendió la lámpara y le preguntó qué sentía. El niño dijo que sentía calor como cuando lo calentaba el sol.

—Bueno —dijo la madre—. Ese es el color amarillo. El color del sol.

La madre lo acompañó al dormitorio, le ayudó a ponerse el pijama, le dio un beso y el niño se durmió.

Las luciérnagas miraron por la ventana y vieron a la madre tomar la harina y mezclarla con agua y azúcar, formar una masa y estirla con un palote. Después recortó una luna, dos medias lunas y montones de estrellas. Puso las lunas en una asadera redonda y a las estrellas las puso en otra placa para horno. Trabajó hasta el amanecer.

Después de la cena, la madre colocó todas las figuras que había horneado sobre la mesa del comedor y, entonces, le contó al niño que el cielo de la noche estaba adentro de la casa.

—¿Qué te parece que hay sobre la mesa?

—Por el olor, yo diría que hiciste masitas.

La madre le dijo que sí, pero que éstas eran muy especiales. Tomó la mano del niño y lo fue guiando. El niño tanteó las formas, tocó la masa y sintió los globitos propios de la masa horneada. Se le hizo agua la boca recordando el sabor de las masitas que le hacía su mamá para su cumpleaños.

—Esa masa con forma redonda, representa

la luna llena. La llamamos así porque es gordita. Cuando está así de grande en el cielo nos da luz en la oscuridad de la noche.

—¿Puedo comer un pedacito?

Y la madre le dio. Y al niño le gustó.

—Estas con formas de mediaslunas, si las ponemos con la panza a la izquierda es la luna creciente. Si la panza está a la derecha, es la luna menguante. Salen por turno. A veces una, a veces otra. Podés comer una puntita de cada una.

Después el niño con su mano pudo tocar un montón de estrellas de todos los tamaños y puso cara de pregunta.

—¿Qué son las estrellas?

—Las hijas de la luna que, como son muy traviesas, están repartidas por todo el cielo y ayudan a su mamá a iluminar la tierra.

—¿Puedo comerlas, mamá?

—Ahora podés comer una y mañana, en el desayuno, podrás comerlas a todas.

Esa noche el niño se durmió feliz. Había tocado el cielo con las manos.

Las dos luciérnagas espionas entraron al cuarto por la ventana e invitaron a otras, a quienes les

habían contado la historia. Señalando al niño les dijeron:

—¡Es él! ¡Es él!

Y bailaron por encima de su cabecita como solo las luciérnagas saben hacerlo iluminando los sueños.

Al día siguiente, el niño abrazó a su madre y le contó que había soñado con el cielo de la noche.

Y, como ella le había prometido, en el desayuno tomó un rico tazón de leche con lunas y un montón de estrellas.

JOSÉ DAVID

—Nos queda la tía Erminda que tiene 90 años. La pobre casi no ve y camina muy poco. Su cabeza ya no funciona. Imagínense que cuando habla de mis hermanos, nos pregunta si tenemos noticias de José David. De dos hace uno solo. Al principio me tomaba la molestia de hacerlo razonar, ahora la dejo. Tiene una confusión... ¡pobre vieja! Se está apagando como una vela. De: ¿Cómo está mi hermano David?

La pregunta se había repetido varias veces con el correr de la tarde. Fue esa tarde en la que Esther y Pedro habían vuelto a la casa, como todos los días, después de sus tareas en el campo, dispuestos a prender el fuego para preparar la cena. Varios golpes de manos los alertaron: alguien había llegado. Se miraron extrañados. No era hora de recibir visitas. Esther abrió la puerta y bajo por el sendero que conducía a la entrada. El pueblo estaba enclavado en un paisaje montañoso con calles sin veredas. La

casa era de color verde, deteriorado por los vientos y el paso del tiempo. Constaba de dos plantas. En la de abajo, el establo con vacas quietas que dejaba traslucir la vida rutinaria de la gente del lugar. Por eso, Esther se quedó tan sorprendida cuando vio a dos personas desconocidas, un hombre y una mujer, sonreírle desde la entrada. Un auto estaba detenido frente a la casa.

—Mi nombre es Martina y él es mi esposo Juan. Somos amigos de la familia de su hermano José y le traemos una carta.

Pedro se unió al grupo y alcanzó a escuchar las últimas palabras de Martina. Después de que los hombres estrecharan y las mujeres se abrazaran, todos subieron a la casa.

—El que escribe es un nieto de José —dijo Esther mirando a Pedro. Estaba feliz.

—Aquí tengo fotos de su familia —agregó Martina poniéndolas sobre la mesa.

—¿Cómo están? ¿Qué hacen? ¿Cómo viven? —preguntó Pedro.

—Ha pasado tanto tiempo sin saber nada, que nos cuesta pensar en ellos. La única que habla de los que se fueron es la tía y encima tiene una confu-

sión de Padre y Señor nuestro. Ustedes saben cómo son los viejos —dijo Esther mientras buscaba un pañuelo en el bolsillo de su vestido—. Cuando la guerra se desató mi padre fue tomado prisionero. Era un hombre de izquierda. Muy pacífico. Sufrimos mucho. Mi madre no pudo con ese dolor y al poco tiempo se enfermó y murió. Después, a mí me mandaron con unos tíos. Tenía nueve o diez años. Yo era la menor de los hermanos. Los mayores eran David y José. No recuerdo bien cuál de los dos era el mayor. Cuando crecí decidí volver para reconstruir mi historia. No estaba bien en la casa de esos parientes. Me hacían trabajar y no fui a la escuela. Había mucha pobreza. Hoy no recuerdo mucho sobre mi infancia. Se me habría borrado de la memoria hasta el rostro de mi madre si no hubiera sido por una foto que encontré, al regresar al pueblo, en casa de mi abuela. Yo hacía preguntas y por toda respuesta me decía que los que no están, se fueron a América o están muertos. Que era mejor seguir adelante y no pensar en ello. Después conocí a Pedro y formamos una familia. Tenemos dos hijos que ahora viven en Madrid. Lo que sí sabía que mis hermanos mayores se habían ido a

la Argentina. Del único que alguna vez llegó cartas fue de José. Ya pasaron cuarenta años sin noticias y cada uno vive su vida. ¿Ustedes saben algo de David?

El rostro de Esther escrutaba las fotos desparamadas sobre la mesa como buscando a alguien. Mientras tanto Pedro preparaba las copas para servir el vino y agasajar a los recién llegados.

—Este vino es de nuestra cosecha. No se compra ni se vende, es para nuestras copas —explicó con orgullo mientras lo servía.

—Miren, este es su hermano José y su esposa Raquel. Estos son sus hijos. Y estos son los nietos. José tiene seis bisnietos.

Martina señalaba rostros y les ponía nombre. Juan tomó una lapicera y en la parte de atrás de cada una de las fotos los fue anotando por orden. Querían dejarle acomodada la historia que le estaban contando.

—¿Tienen trabajo? —preguntó Pedro con la curiosidad propia de los hombres.

—Sí, por suerte. Todos están bien, los hijos estudian. Tienen una buena vida.

—¿Y de David que saben?

Otra vez la pregunta de Esther. Las fotos seguían desparramadas sobre la mesa. Ella las repasaba una y otra vez. No reconocía los rostros, ni siquiera el de José, pero se daba cuenta que le faltaba uno.

—Martina, ¿paso algo con mi hermano David?
—se animó a preguntar.

—No, está bien. Lo que pasa es que yo no lo conozco porque vive en otra provincia.

—Bueno, se está haciendo de noche y no quiero volver muy tarde por el camino de montaña —dijo Juan poniendo fin al encuentro—. Además, nuestros hijos nos están esperando en el hotel.

Cuando bajaron los cuatro hasta la calle, todavía quedaba un poco de la luz del día. Las casas del pueblo se dibujaban a la vera del camino. Pasó un tractor y Pedro saludó.

—Es un primo —dijo.

—En este pueblo casi todos somos parientes —agregó Esther.

Después de despedirse, Martina y Juan subieron al auto y desanduvieron camino hasta llegar a la ruta, unidos en sus pensamientos. No había nadie en la calle. Solamente las luces asomaban por las ventanas abiertas del verano. Hacía calor.

En los oídos les quedaban resonando las últimas palabras que Pedro y Esther habían pronunciado a dúo: “que Dios los bendiga”. ¡Qué bien que habían hecho en visitar a los parientes de José! En el sobre en el que trajeron las fotos, ahora iban otras y tendrían que volver a contar la historia.

Por la ventanilla del auto vieron pasar a una mujer vestida de negro con un callado en la mano arriando una vaca. La España trágica se dejaba entrever en el rostro de la gente y en cada pedazo de tierra árida.

—¿Quién es David? Nunca escuché hablar de él —dijo Juan. Su rostro mostraba la sorpresa de una búsqueda sin respuesta.

— No Juan, David no existe —respondió Martina—. Hay un error en el recuerdo de Esther. Ella tiene un solo hermano que se llama José David. Pero quién soy yo para modificar la memoria después de cuarenta años. Dudé mucho antes de responder. No sabía cómo decirle que estaba equivocada. Sentí que no tenía derecho. Pobre, parece que la única que se acuerda bien de los que se fueron es la tía vieja. ¿No crees vos, que a veces, es mejor dejar algunas historias quietas?

EMPEZAR DE NUEVO

Estaba en la playa tratando de olvidarme de las cosas de todos los días: el trabajo tan estresante, los viajes en subte, mis viejos, los hijos. Nada de lo que pasaba a mí alrededor permitía que yo pudiese sacarme el vestido de los problemas. Ni siquiera el sonido de las olas ni los gritos de la gente en la playa.

Creo que fue oportuno el pelotazo que recibí en la cabeza y me desmayó. Me desperté rodeada de gente. Dos chicos pidiéndome disculpas. Yo no tenía idea de qué era lo que había pasado. Lo único que quería era estar sola y volver al hotel. Tenía un fuerte dolor de cabeza.

Junté mis cosas y empecé a caminar. Crucé descalza el manto de arena hasta llegar a la vereda y me senté en el murallón de la costanera. Me sentía muy mareada. Tenía miedo de cruzar la calle. El golpe había sido muy fuerte. Empecé a llorar tipo

catarata. Hacía tiempo que no lloraba. Eso me alivió. Llorar siempre hace bien. Me calcé las ojotas y me fui al hotel. Cuando llegué a la habitación, me miré en el espejo y un terrible huevo estaba creciendo en la frente sobre el ojo derecho. Me puse hielo y me acosté. Me había salido un cuerno en el lado derecho, debería salirme uno también en el lado izquierdo. Siempre había sido una cornuda consciente. Estuve casada treinta años con un tipo que me metía los cuernos. Yo sabía, pero no tenía como comprobarlo hasta que un día, lo que son las casualidades del destino, me subí al mismo vagón del subte en el momento en el que él la tenía a la mina tomada de la cintura y le zampaba un beso en la frente.

Me les paré delante y les largué una flor de cachetada extensa que los abarcó a los dos. El movimiento del tren y la sorpresa les hizo perder el equilibrio. Se cayeron los dos al piso. La gente no sabía qué hacer porque para hacer algo en estas circunstancias hay que saber de qué lado estás. Por suerte antes de que alguien reaccionara el tren paró y yo me bajé. Cuando volvió a arrancar, pude ver que mi pelotudo y la pelotuda que lo acompañaba

eran ayudados por otros con cara de no-sé-qué-pa-só-acá-pero-me-imagino.

Salí de la estación, subí las escaleras porque me agarró un ataque de risa que no podía parar. Después lloré, claro que lloré, pero estaba orgullosa de mi reacción por lo menos una vez en la vida. Y hasta ahí había llegado mi amor. Éste era el primer viaje después del divorcio.

Me pasé dos días en la cama. Me miraba continuamente en el espejo. La hinchazón había bajado bastante, pero una mancha violácea en degradé ocupaba parte de mi cara. Estaba más deprimida de lo que merecía la situación y los días de vacaciones estaban pasando. Después de todo no era una trompada de mi marido, había sido un inocente pelotazo de dos imprudentes gurrumines. Decidí bajar a la tienda del hotel, comprarme un enorme sombrero y un par de anteojos grandes tipo Sofía Loren y un hermoso pareo de todos los colores para que se centre la atención más abajo que arriba. Con la malla y mi nuevo look, crucé a la playa privada del hotel como una diva de los años cincuenta.

En cuanto puse un pie en la arena la gente de

alrededor de mi carpa se fue acercando, me preguntaban cómo me sentía, que habían estado muy preocupados por mí. Yo no podía creer lo que estaba pasando. Hasta hacía dos días yo era una completa desconocida y por inoportuno pelotazo parecía que había sido el único tema de conversación. Al poco rato estaba sentada tomando café con un grupo de personas que contaban cosas de sus vidas. Me convidaban con torta, galletitas y planificaban la cena incluyéndome aún sin haber yo pronunciado palabra alguna.

Cuando se enteraron que estaba divorciada me dijeron que tenían a alguien para presentarme.

—No gracias, estoy bien así, todo es muy reciente.

—Las vacaciones son para divertirse —me dijo una tal Clara. Y yo pensé que tenía razón. Así fue que a la noche me vestí y bajé a encontrarme con todos. Éramos veinte conmigo y con el susodicho que resultó ser vecino de mi barrio en Buenos Aires. Era mecánico de automóviles. Ya me podía imaginar el olor cotidiano a grasa de taller. Eso solo alcanzo para que no le diera ni cinco de bola. Claro que el tipo no pensaba lo mismo y era más

insistente que mosquito nocturno. Nos habían puesto uno al lado del otro y él hablaba y hablaba. Cuando yo había llegado al comedor estaba bastante nerviosa. El galán corrió la silla y me senté del lado equivocado. Él me hablaba al oído y lo único que yo sentía era el vapor calentito del chamuyo. Después de media hora le tuve que pedir que hiciéramos intercambio de lugar porque yo era sorda del oído derecho. Al tipo le agarró un ataque de risa y la verdad que yo le estaba por pegar una cachetada pero él me agarró la mano y me dijo que, lo que me estaba diciendo era que yo le gustaba mucho y que había elegido tantas palabras que se sentía un pelotudo y que iba a tener que esperar a la próxima cena porque no pensaba repetir el rosario de vuelta.

La verdad que el señor éste no estaba bien de la vista y encima no tenía cerebro porque yo no creía gustarle a nadie con esa mancha horrible en la cara producto del pelotazo y además sorda de un oído. Desde ya me daba cuenta que el tipo tenía muy baja autoestima para querer conquistar a alguien como yo en esas circunstancias y seguramente eso se debía a su olor cotidiano a grasa de auto.

Al promediar la cena una orquesta comenzó a tocar cumbias y Clara me hizo un gesto para que saliera a bailar. Ahí estaba yo con un completo desconocido.

—¿Tenés novio? —me preguntó mientras movíamos las manos para arriba y para abajo al compás al ritmo de las caderas. Desde la mesa, las mujeres nos miraban con orgullo de casamenteras de barrio.

—No estoy recién separada —contesté con notorio disgusto.

—¿Y qué tal estás?

—No puedo bailar y hablar y, además, no quiero hablar de mi ex esta noche.

Estaba tan hinchada por dentro como por fuera y encima éste me preguntaba cómo estaba. Lo peor que pueden hacer es preguntarte cómo estás, cuando estás deprimida. No sé, hay otras maneras de preguntar. Por ejemplo: qué haces, de qué trabajas, vivís sola, tenés hijos, sos abuela, pero a cierta altura de la vida preguntarte cómo estás es absurdo y de mal gusto.

Volvió a preguntarme cómo estás y yo le contesté “edematizada”. El tipo me miró extrañado, no

entendía el sistema metafórico

—No te entiendo —me dijo mirándome como a una marciana.

—Yo sí me entiendo y que vos no me entiendas me importa poco porque seguro que no entendés nada.

—¡Eh...! ¡Eh...! ¿Qué te creés que sos, Elizabeth Taylor?

—Si yo fuera Elizabeth Taylor no estaría acá y menos hablando con vos.

—Pará nena que tenés más humos que chimenea en funcionamiento.

Después de este diálogo no podíamos de ninguna manera seguir bailando cumbias. Las manos para arriba, las manos para abajo al ritmo de las caderas. Entonces le dije que me iba a sentar y me agarró de un brazo y me dijo que a Carlos nadie lo deja pagando en el medio de la pista. No me lo van a creer, seguí bailando cumbias. Las manos para arriba, las manos para abajo al ritmo de las caderas. Qué boludas las mujeres tenemos pruritos en dejarlos plantados. En realidad, en ningún momento me había faltado el respeto, yo fui la que estuvo grosera con él, pero tenía tanta bronca contra

todos los hombres en general que no quería uno cerca ni por casualidad y además el cabrón se llamaba Carlos ¡y la casualidad me jugaba una mala pasada! Porque mi ex también se llamaba Carlos. Estaba escrito que yo con este señor no podía tener nada que ver y menos nombrarlo.

—Coso —le dije como si no me acordara el nombre —me quiero sentar y tomar algo fuerte —le dije cuando terminó la pieza.

—¿¡Cómo coso?! Me llamo Carlos y si no podés decirme Carlos por algún motivo decime Giménez.

Así fue como empecé a tomar un whisky doble y terminé con una curda que me dormí en la mesa con la cabeza adentro del plato del postre.

Me desperté a la mañana siguiente en mi cama toda vestida, hasta los zapatos tenía puestos.

Me quedaban tres días más en Mardel, pero a la noche me escabullí por la escalera de servicio del hotel. Dejé una nota sobre la mesa de la habitación donde pedía que me mandaran el número de cuenta y en que banco debía hacer el depósito para pagar mi deuda.

Jamás pensé que yo podía hacer una cosa así.

Era como una aventura. Tenía la sensación de que era a otra persona y no a mí a la que le estaban pasando todo esto.

Cuando me senté en el micro que me traía de vuelta para Buenos Aires, me sentía muy bien. Estaba tranquila. Sentía que estaba lista para empezar de nuevo. Después de todo ése, no había sido un pelotazo en contra.

EL VUELO DE LA NOVIA

Sentada en la mesa navideña, mi mente estaba en otra parte. Todos los años se cumplía con los mismos rituales, las mismas obligaciones, las mismas conversaciones, los mismos chistes y las mismas comidas. Ya estábamos acostumbrados a que los varones jóvenes de la familia se iban a festejar con los amigos después de las doce. En ese momento lamentaba no ser varón para tener la libertad de irme. Nunca puse en tela de juicio el hecho de que se fueran, pero sí sabía por qué se iban. Ellos estaban hartos, al igual que yo, de estas fiestas en las que, por tradición, estábamos ridículamente todos juntos hasta con parientes que durante el año jamás veíamos. Yo podía escuchar de antemano el rugir de los autos cuando se escapaban desesperados. A mí me esperaba la cama, como todas las noches de mi vida.

La cena transcurría con la normalidad habitual

hasta que, de repente, mi padre se levantó para hacer el brindis y me sacó de mi aislamiento anunciando mi noviazgo con Javier. Este se acercó y me besó delante de todos, en el mismo instante en que el salón se llenaba de los tintineos que producían al chocar las copas de cristal acompañados de un “¡Vivan los novios!”. Yo estaba perpleja. Con Javier, el mejor amigo de mi hermano Aníbal, no pasaba nada más que algún beso furtivo cuando me encontraba a solas, en algún rincón, siempre en ausencia de los mayores.

—Diga algo m’hija —dijo mi mamá mientras la mirada de mi padre me atravesaba frustrando la voluntad de queja.

—Gracias —balbuceé confundida y me dejé abrazar por todos los presentes.

—Vamos a ser cuñados —dijo mi hermano muy emocionado, abrazando a su amigo. Inmediatamente se levantó y, con mi flamante novio, trocaron los lugares para que Javier se sentara a mi lado.

Y así fue que, sin proponérmelo, tenía novio oficial. Después de las doce, con la copa de champagne en la mano, Javier me invitó a salir al balcón. Los fuegos artificiales de Plaza Francia iluminaban

el cielo y se contraponían con la angustia que yo sentía en el alma. Creo que presentí que, en forma abrupta, se me había terminado la adolescencia.

—¿Estás feliz? —me dijo Javier con un tono altanero que no me gustó.

—Yo qué sé —contesté—. Me tenías que haber preguntado a mí primero. Ahora ya está hecho.

—Usted es muy nena para tomar decisiones y, a ver chiquita, no me va a decir que no le gusto ni un poquito —y un abrazo, cintura para abajo, hizo que sintiera su bulto acompañado de un beso que me selló la boca.

—¿Y qué? ¿Hoy no vas a salir con tus amigos? —alcancé a decir mientras me lo sacaba de encima.

En ese momento, la voz de mi hermano apareció en el balcón avisándole que era hora de partir.

—Estas son cosas de hombre, muchachita —me dijo Javier y, con el beso de despedida, me quedé más sola que la una.

Después de que se fueron los muchachos también los mayores se fueron retirando. El silencio de la casa vacía se podía cortar con cuchillo.

—¿Por qué lo hizo, papá? —pregunté hecha un mar de lágrimas.

—Este partido es bueno para usted, mi hijita. Algún día me lo va a agradecer. Ya los había visto besándose entre cortinas y cuando Javier vino a la biblioteca, al comenzar la velada, le sugerí que era oportuno que hiciera un pedido de mano formal, cosa que él recibió con mucho entusiasmo. Y ahora vaya a dormir que el día ha sido muy largo y mañana verá todo de otra manera.

Mi padre, como buen político, sabía dar discursos y con éste me estaba mandando directamente a la cama. Al rato entró mi madre al dormitorio. Yo ya estaba acostada, llorando. Se acercó y me dio un beso en la frente.

—Este noviazgo hace que ya me pueda morir tranquila.

—Vos no te vas a morir, mamá, la que se está muriendo soy yo. No quiero estar de novia.

Sin decir palabra salió de la habitación. Los escuché discutir por largo rato y después me quedé dormida.

A la mañana siguiente, al despertarme, un ramo de flores apareció en mi cuarto. Mi madre lo traía encantada. Era el sello de una locura terrible, la consumación de algo que yo no acababa de digerir.

Cuando bajé a desayunar, mi padre ya estaba sentado a la cabecera de la mesa:

—Este muchacho vale lo que pesa —dijo triunfante.

—Decile a la mucama que las ponga en agua —le contesté sin entusiasmo.

—¿No deberías ponerlas vos? Son de tu novio.

—¿De cuál? ¿Del que se fue con los muchachos a vivir la noche en vez de quedarse conmigo?

—Me gusta este Javier. Es un hombre de costumbres clásicas.

—Por Dios, papá, es un hijo de su madre.

Mi vida cambió radicalmente. A pesar de que Javier era un muchacho de “buena familia”, estudiante de medicina al igual que mi hermano mayor, a mí me daba vergüenza estar de novia. Por suerte eran las vacaciones y no tenía que volver a la escuela hasta marzo. No sé cómo se lo iba a contar a Rocío. Ella pensaba que ponerse de novia era someterse a un hombre, cosa que nos habíamos jurado que nosotras no haríamos y que no nos casaríamos jamás. Por ese motivo yo a los besos de Javier, hasta el momento en que anunciaron nuestro noviazgo, no les había dado ninguna im-

portancia. Estaba aterrada. Me preguntaba cómo sería mi vida de ahora en adelante. Pero de eso se encargaron mis padres y las cosas empezaron a tomar más velocidad de lo imaginable. Después de Reyes, ellos dieron una cena en la que juntaron a las familias para formalizar. A pesar de que yo a los padres de Javier los conocía desde chiquita, hubo una presentación oficial de los novios. Todos parecían muy felices. Fue una verdadera fiesta. Se contrató para la ocasión el mejor servicio de comida y mozos de guantes blancos sirvieron la mesa.

—Qué calladita está la novia —dijo la madre de Javier mirándome con ternura—. Es tan jovencita. Me hace acordar a mí cuando formalicé con mi marido.

—A pesar de que hoy la vida es diferente, a mí me gusta que se mantengan ciertas costumbres con nuestros hijos —aportó mi madre.

Yo tenía la sensación de que ella se estaba vengando en mí lo que sus padres le habían hecho a ella. Nunca fue una mujer feliz y ahora estaba logrando que la historia se repitiese. Comieron, brindaron y dejaron en claro lo bueno que era la unión de las dos familias. Los padres hablaban, nuestros

hermanos reían y yo tenía la sensación de que en cualquier momento iba a desaparecer o que algún ángel de la guarda iba a venir a salvarme. “Estoy atrapada como un ratón en su laberinto”, pensaba mientras comía mirando el plato.

Después de la cena pasamos a la sala tomar café. Ahí las cosas se pusieron más serias. Nuestros padres empezaron a hablar del futuro. ¡De mi futuro!

—No se pueden casar pronto porque mi hijo tiene que terminar la carrera y establecerse —dijo el padre de Javier.

—Y la nena todavía es muy chica. Tiene que tener tiempo para aprender a llevar una casa porque, aunque uno tenga sirvientas, es importante saber cómo se hacen las cosas para poder mandar —agregó mi mamá que siempre hablaba de las cosas prácticas.

—Ya estoy pensando en darle a los muchachos una de mis propiedades para que, cuando se reciban, puedan instalar sus consultorios —anunció mi padre.

—Gracias, don Julio, con Aníbal somos buenos amigos y seguramente, si sale todo como pensamos, nos vamos a recibir juntos —dijo Javier con

un dejo de orgullo.

“Beneficio Uno”, pensé mientras lo miraba con odio.

—Y, si Dios quiere, se casarán para cuando m’hija cumpla los dieciocho —agregó mi padre.

“Todavía puede pasar algo, faltan dos años”, mi mente se defendía de esa toma de decisiones. Nadie me pedía opinión y, a pesar de que estaban hablando de mi futuro, no me tenían en cuenta.

Los mozos servían la bebida y las bandejas de dulces para el café. Los vasos de whisky giraban para mover el hielo en manos de los hombres mientras las mujeres tomaban licores en copitas pequeñas.

—Todo está muy bien, pero a mí me gustaría seguir una carrera —dije tímidamente. Los que no se rieron al menos esbozaron una sonrisa.

—Usted termine el magisterio. La Facultad es para los hombres. La mujer en casa y con los hijos —y de esa manera mi padre me cerró la boca.

Ahí yo recordé lo que me habían enseñado desde chica: las decisiones les pertenecen a los hombres. En ese momento entendí lo que Rocío solía decirme con respecto a ponerse de novia y al ju-

ramento que nos habíamos hecho de no casarnos nunca.

—Hola, ¿cómo estás? —me preguntó Rocío con mucha alegría—. Te extraño. ¿No vas a venir?

—No. Este año parece que no nos vamos a ir de vacaciones.

—¿Por qué? —preguntó asombrada.

—Qué sé yo. Es época de elecciones y mi papá no tiene ganas de quedarse solo en Buenos Aires.

—Estás muy seria, ¿te pasa algo?

—No, cosas de familia.

Qué le podía contar por teléfono. Ya bastante con que me iba a tener que enfrentar con ella dentro de un mes cuando regresara de Mar del Plata. Traté de cortar la comunicación lo más rápido posible. Tenía un tremendo sentimiento de culpa y, a pesar de que estar de novia no fue por mi propia decisión, también sentía que había traicionado nuestro juramento. Sin embargo, todo se resumía en recibir a Javier los martes y jueves, ir al cine o a tomar el té en la confitería de moda, entrar de su brazo a todas las reuniones sociales y recibir besos y caricias que no me daban ningún placer.

Muy pocas veces salíamos solos. Siempre lo hacíamos en compañía de mi hermano que, en algunas ocasiones, traía a su novia de turno. Nada serio, decía él y me prohibía contárselo a mis padres. Los sábados cenábamos con la familia y los domingos indefectiblemente, después de la hora del té, si no llovía, nos íbamos a pasear por el Rosedal. Yo nunca hablaba, apenas contestaba con monosílabos. “No sé cómo no se aburre”, me preguntaba para mis adentros. En realidad, no sabía de qué se podía hablar con un novio. Con mi amiga hablaba de muchachos, pero, con Javier, no encontraba tema de conversación. Entonces callaba. Mientras él leía tratados de medicina yo había descubierto “El Principito”. Una vez, para decir algo que pareciera inteligente, le pregunté si lo había leído.

—Esas son paparruchadas de niñas —me contestó con una carcajada que sonó a insulto.

—Javier, ¿me querés? —le pregunté de frente mientras tomábamos el té.

—¿Por qué me lo preguntás? Si no fuera así no me hubiera puesto de novio con vos. Vos, ¿me querés a mí?

—Ajá.

—Esa no es una respuesta. ¿Ajá sí o ajá no?

—Por ahora, ajá —dije y llamé al mozo y me pedí un helado de chocolate.

—Sos una criatura deliciosamente insoportable —concluyó él con una mezcla de impaciencia y aburrimiento.

El helado me refrescó el alma y la cabeza. “Este tipo no entiende nada. No sé cuál es la razón por la que me prefiere a mí, entre todas las mujeres que existen en el mundo”.

Cuando salíamos solos en su auto él me saludaba con un beso mientras me tocaba la pierna subiéndome la falda. Yo, con un gesto apresurado lleno de indignación, bajaba la tela del vestido hasta cubrir mi rodilla.

—A ver muchachita cuando va a dejar de ser tan mojigata... —me decía riéndose de mi ingenuidad.

Un día, al volver de uno de nuestros paseos, le conté a mi madre que Javier era un grosero y que me tocaba la pierna cada vez que subía al auto y que, cuando me besaba, siempre se le ocurría jugar con el botón de mi escote.

—Tené cuidado, m’hija, que a los hombres les interesa una sola cosa y, cuando al consiguen, se

van, desaparecen como por arte de magia, aunque te dejen embarazada. Las mujeres decentes no deben entregar su “secreto” antes de la boda.

Qué vieja idiota era mi madre, a la virginidad le decía “secreto”.

Una noche que mi hermano estaba reunido con sus amigos, escuché una conversación en la que contaban sus andanzas nocturnas. A Javier no se le ocurrió mejor idea que hacer alusión a lo bien que lo había pasado con una fulana. Corrí la cortina que me mantenía oculta y, con gran sorpresa de ellos, entré a la sala, me acerqué a Javier, lo abracé y le pedí que me contara todo con lujo de detalles. El sin inmutarse me dijo con total desparpajo:

—No sea tontita, mi nena, usted es mi novia, las demás son putas.

Avergonzada, subí a mi cuarto y cerré la puerta pegando un portazo. Me prometí a mí misma que en cuanto me pidiera esa prueba de amor que había leído en las novelas, yo se la iba a dar. Tenía que deshacerme de él de alguna manera y, la única forma, como decía mi madre, era entregándole lo único que le interesaba a los hombres: mi virginidad.

Desde ese momento, lo busqué de todas las ma-

neras posibles. Ya no me asustaba cuando me ponía la mano en la pierna, sino que se la agarraba y se la subía más arriba aún de lo que él se atrevía. Javier estaba realmente sorprendido de mi repentina osadía y no transcurrió mucho tiempo hasta que pasó lo que tenía que pasar. Cuando me lo pidió le dije que mi mamá no me dejaba y, que me había dicho, que las chicas buenas no entregan su “secreto”.

—Y, ¿si es un secreto por qué se tiene que enterar? —me contestó él y a mí me pareció un razonamiento lógico.

Nos empezamos a escapar al campo que la familia de Javier tenía en La Reja en los horarios más insólitos de la siesta. Así fue que perdí mi virginidad y le entregué mi “secreto”. Pero él no se escapó. Todo lo contrario. Desde ese momento me empezó a tratar como a su pertenencia. Se había convertido en un perseguidor sin límite. Ya no me daba solamente un beso, ahora también, entre cortinas, como decía mi padre, me metía la mano en mis partes pudendas con una desfachatez que me ofendía.

—Tené cuidado que mi viejo ve todo hasta con la puerta de su despacho cerrada —le dije sin saber cómo sacármelo de encima.

—No seas estúpida y confiá en mí. Yo sé cómo hacer las cosas.

—No me digas estúpida, el estúpido sos vos que me insultás todo el tiempo. Tenés que respetarme, ahora soy una mujer.

—Vaya con la mujer —acotó tironeándome la cola de mi pelo agarrado con una cinta hasta hacerme saltar las lágrimas.

Cuando Rocío volvió de sus vacaciones se apareció en mi casa. No me abrazó como yo esperaba. Subimos a mi cuarto y cerrando la puerta me increpó.

—¿Qué es eso de que estás de novia?

—¿Quién te lo dijo? —pregunté a pesar de saber la respuesta. Se lo había contado mi madre cuando llamó por teléfono para decir que venía a visitarme. Me largué a llorar y la puse al tanto de cómo habían sido las cosas. También le conté que ya había pasado lo que tenía que pasar.

—No me vas a decir que te entregaste a ese idio-

ta que lo único que le importa es que tu papá le instale el consultorio. Sos una tarada. Si pasó, es porque vos se lo permitiste.

—Y ahora, ¿qué hago? —pregunté llorando desconsoladamente pidiéndole perdón de rodillas por haber traicionado nuestro juramento. Me sentía humillada por los cuatro costados.

—Tu viejo es un hijo de puta y Javier un interesado de mierda.

Nunca la había escuchado a Rocío hablar de esa manera.

—Vos a Javier seguile el tren de la novia fácil, pero andá remilgándole las idas a La Reja. Ya vamos a pensar en algo. Por de pronto, voy a empezar a salir con ustedes y haceme el favor de no llorar más.

Tener a Rocío de mi lado me tranquilizó. Al sábado siguiente, cuando vino Javier a cenar a casa, ella fue mi invitada de honor. Se sentó de tal manera que Javier quedó en medio de las dos. Rocío se había puesto un vestido travieso, como ella decía, y estaba de lo más dicharachera. Mis padres y mis hermanos la miraban incrédulos. No podían entender qué pasaba con esta chica.

—Tené cuidado con Rocío. Creo que tenés que alejarte de ella lo más pronto posible. Acá, en casa, no la quiero —me gritó mi madre cuando nos quedamos a solas y tuve que escaparme de una bofetada cuando le contesté:

—Pero la vas a tener que aguantar porque yo no quiero estar de novia con Javier y me la aguanto.

Al día siguiente, cuando mi padre volvió de su trabajo, me llamó a la biblioteca y, junto a mi madre, me reafirmaron que lo del noviazgo con Javier era muy conveniente para mí y que tuviese mucho cuidado con mi forma de comportarme. Cuando quise emitir una mera protesta, mi padre me amenazó con mandarme pupila lo que restaba del secundario. Dijo esto sin mirarme, simulando buscar unos papeles sobre el escritorio. Todavía tengo presente el olor del tabaco de su pipa.

Los dos años siguientes fueron terroríficos. Hice cosas con las que no hubiese soñado jamás. Rocío con su loca cabeza, desconocida para mí hasta entonces, elucubraba planes macabros en el día a día.

—Vos con este tipo no te vas a casar —repetía constantemente como un latiguillo.

Empezó a salir con nosotros los sábados por la noche. Pasamos a ser un trío en donde Rocío tomaba las decisiones y Javier se dejaba conducir por la novedad mientras yo, por fin, estaba empezando a disfrutar de la situación. Nos divertíamos mucho. Él estaba fascinado y entraba a los salones orgulloso de las señoritas que llevaba, una en cada brazo. Una noche volviendo de una cena, antes de bajar del auto, en la puerta de su casa, ella que estaba sentada en la parte trasera, inclinó todo su cuerpo hacia adelante y tomando la cara de Javier lo besó en la boca.

—¿Qué hacés, nena?

—Hay mucho más, querido —dijo Rocío saliendo del auto mientras pegaba un portazo acompañado de una sonora carcajada.

El auto arrancó y llegamos a mi casa sin que ninguno de los dos emitiera un sonido. No solo Javier tenía que reponerse del impacto que le había causado el beso de Rocío. Yo también estaba shockeada.

—¿No te molesta la actitud de tu amiguita?

—No, estamos acostumbradas a compartirlo todo —dije.

—Pero yo no soy algo, soy alguien. Los novios no se comparten.

—¿Ahora vos te estás volviendo mojigato? Te creía más moderno —me escuché decir mientras bajaba del auto dejándolo sin atreverme a darle el beso de despedida. Todo era tan absurdo que ni siquiera reconocía mi propia voz.

El auto arrancó con furia antes de que yo cerrara la puerta de calle. Cuando entré a la casa mi madre, desde la planta alta, me preguntó qué era lo que me había ocurrido.

—Nada, mamá. Javier está medio... —y con un gesto de mi mano le hice entender que estaba loco.

Creo que efectivamente quedó medio loco porque el domingo llamó por teléfono diciendo que no se sentía bien. Liberadas del novio aprovechamos con Rocío la tarde para pasear por la avenida Santa Fe. Después de dar vueltas, llamé por teléfono a mi casa y pedí permiso para quedarme a dormir en la casa de mi amiga. Esa noche fumé mi primer cigarrillo.

—Aprendé conmigo así el ataque de tos no te agarra cuando le pidas uno a Javier —me dijo ella alargándome el paquete.

El primero me resultó horrible, pero después le tomé el gusto. Esa noche prácticamente no dormimos. Rocío me prestó un camisón y con la luz apagada me pidió que le contara cómo era estar con Javier en la cama. Sus manos empezaron a jugar debajo de las sábanas. Yo las aparté.

El ajuar para la nueva pareja que, en definitiva, era yo, estaba prolijamente guardado en el arcón de la abuela, tan lleno que casi no cerraba. Mi mamá había preparado tantas sábanas, bordadas por las monjas de clausura, que no me iba a alcanzar la vida para usarlas a todas. Eran de hilo blanco, bordadas también en blanco. No me gustaban. En realidad, nada iba a conformarme porque la fecha se me venía encima y yo seguía sin querer casarme. Los viernes había reunión de mujeres y mi mamá mostraba las últimas novedades del ajuar y todas alababan el buen gusto de las monjas y lo bien que estaban hechas las vainillas. Yo no las miraba. Para mí eran como mis mortajas colocadas en el viejo arcón al pie de la cama. Había entrado en una depresión tan grande que les complicaba los preparativos de la boda.

—Deberías agradecer a tu madre la dedicación que pone en todo —decía mi padre.

Yo no contestaba. Él se había jugado demasiado instalándoles a mi hermano y a Javier el consultorio en un departamento de la Recoleta. Tenía la sensación de que lo que menos les interesaba era su hija. Esto me daba mucha bronca. Mi boda era para ellos una cuestión social y para Javier un buen negocio. No me levantaba de la cama y tampoco quería verlo. Cuando él le preguntaba a mi madre qué es lo que me estaba pasando, ella lo tranquilizaba diciéndole que las mujeres nos poníamos raras antes del casamiento. Tuvieron que sacar el arcón de la pieza. Me negaba a probar bocado. Había adelgazado muchos kilos y mi mamá estaba preocupada porque el vestido me iba a quedar grande. Tampoco quería verla a Rocío. Ellos la habían llamado para ver si mejoraba mi estado de ánimo. Cuando la escuché subir la escalera cerré la puerta con llave.

Una semana antes del casamiento decidí que todo tenía que terminar lo más rápido posible. Me levanté con gran sorpresa para todos, tomé el de-

sayuno y le pregunté a mi mamá qué tenía que hacer. Fuimos a la modista, al peluquero, a comprar zapatos y en dos días estaba todo listo. Lo único que me quedaba era esperar “el gran día”. Vino Javier a verme y lo recibí como si nada me hubiera pasado. No sé si fueron las pastillas que me dio el médico o mi resignación. El viernes siguiente fue el casamiento por civil. Me vestí temprano, vino el peluquero y bien maquillada partí para decir el “sí acepto” y firmé, como la ley manda, el libro de actas. Besé al novio, recibí los aplausos de la concurrencia y nos entregaron la libreta de lujo como corresponde a la gente rica. Luego hubo un ágape en mi casa. Nadie se dio cuenta de la angustia de la novia. Por suerte para mí, como era costumbre, no vería al novio hasta llegar al altar.

El sábado, día del casamiento por iglesia, me lo pasé en la cama. Mamá me trajo el desayuno y me dijo que hacía bien en descansar, que después venía una noche muy larga y me dio un beso en la frente. Le tuve lástima. Seguro que la pobre pensaba que yo todavía era virgen. Yo la dejaba hacer. Ya estaba jugada. La ceremonia era a las nueve. A las siete de la tarde volvió el peluquero, la maqui-

lladora y la modista para ayudarme con el vestido. Yo temblaba como una hoja.

—Cálmate —me dijo la modista—. Vas a arruinar el vestido.

—Ya está el auto —la voz de mi papá sonó como un mandato en medio de la casa.

Todos estaban emocionados cuando bajé por la escalera. ¡Al fin me casaba! A las ocho y media salimos para la iglesia. Traspuse para la puerta de la casa en que la que había nacido para marchar a un destino incierto. Cuando llegamos a la iglesia, el órgano arrancó con los primeros compases y el Ave María de Schubert me invadió el alma. Hice la señal de la cruz. Estaba temblando tanto que mi papá me dijo que me dejara de pavadas, que no era tan grave, que lo único que iba a hacer era casarme y luego pronunció la palabra mágica:

—Ahora.

Yo lo tomé del brazo y comenzamos a caminar sobre la alfombra blanca que cubría el pasillo central. La iglesia estaba adornada con flores también blancas. Avanzábamos muy despacio hacia el altar donde me esperaba Javier. Mis padres eran mis padrinos y la madre y mi hermano, socio y mejor

amigo, los del novio. En el momento en que dejaba a mi padre para subir al altar, tropecé con el escalón antes de tomar el brazo de Javier.

—No seas tarada —me dijo él. “Empezamos mal”, pensé yo.

—¿Quién entrega esta novia? —preguntó el cura.

Cuando mi padre respondió y antes de que la ceremonia diera comienzo, yo tuve tiempo de darme vuelta y decirle por lo bajo:

—Dios te perdone.

Seguramente a mis espaldas todos sonreían aliviados. Yo ya no tenía escapatoria.

Después del sermón matrimonial basado en el respeto mutuo, el cura hizo las preguntas de rigor:

—Javier, ¿acepta por esposa a la señorita... — escuché mi nombre—... para amarla y respetarla, en la salud y en la enfermedad hasta que la muerte los separe?

—Sí, acepto —dijo Javier muy aplomado, yo diría que con voz triunfante. Cómo no iba a aceptar, ya me había quitado todo. Mi familia, mi voluntad, mi “secreto”.

—Señorita... —y volví a escuchar mi nom-

bre—... ¿acepta por esposo al señor Javier para...?

Cuando el cura terminó con la pregunta de rigor, yo me quedé callada unos segundos. Iba a contestar que sí, por supuesto, pero en ese momento sentí el codazo de Javier contra mis costillas.

—¡No! —mi voz resonó en el recinto. Fue un grito que salió de mis entrañas. El codazo activó mi negativa como la palanca a una máquina traga-monedas del casino.

Hubo un murmullo terrible.

—Señorita —volvió a decir muy molesto el cura mirándome a los ojos—. ¿Acepta al señor Javier como su legítimo esposo para amarlo y respetarlo hasta que la muerte los separe?

Yo bajé la vista y sin mirar a nadie, salí de la iglesia con la misma parsimonia con que había entrado, pero sin el brazo de mi padre. Se hizo un silencio profundo y después, antes de ganar la puerta, escuché a mi padre correr de un lado a otro prometiendo la devolución de los regalos. El novio vociferaba improperios hacia mi persona sin respetar la imagen de Cristo que tenía a sus espaldas. Rocío, que estaba sentada entre los invitados, trató de incorporarse para acompañarme en mi camino,

pero la detuve haciendo un gesto con mi mano.

Una vez sola y en la calle, respiré profundo y crucé corriendo hacia la plaza. Estaba asustada. Terminé mi carrera abrazada a un enorme árbol con todas mis fuerzas. Fue entonces que una explosión de pájaros se elevó hacia el cielo.

